

Lurdes, gracias por tu regalo. Te mando un escrito y un dibujito R.

Memoria de Mi

ricardo lindo.

Antiguamente me sucedió estar vivo. Era, creo, de noche, era, creo, de lluvia. El filo de la luna contaba las estrellas fugaces. Los obispos de la luna la hacían crecer y disminuir en sus retortas de cristal.

Del vientre de la luna nació mi alma, un alma hermosa, aunque amarillada y con manchas, como un pergamino. Lo que leerán a continuación es lo que la vida escribió en ese pergamino. Pero cuando lo lean, yo ya estaré muerto.

Nací en San Salvador el 5 de febrero de 1947. Mi padre se llamaba Hugo, era escritor y abogado. Mi madre se llama Carmen, pero siempre ha sido conocida como Carmencita, porque todo en ella, aunque sea noble y sereno, es humilde. Esas cualidades de mi madre son algo sin lo cual mi vida y la de mis seis hermanos se hubiera vuelto muy difícil, dado que mi padre, aunque lleno de sólidos valores, era de carácter inestable y fácilmente irritable.

Mi más remota memoria es un pueblo caliente y misterioso, llamado Sonsonate, donde mi padre era Juez.

Quedó grabada en mi mente una procesión donde mi hermana Matilde salía con grandes alas blancas, pues la habían elevado a la dignidad de ángel, y creo que esa alba vestidura y esas alas no hacían sino revelar su íntima naturaleza, como el tiempo se encargaría de comprobarlo. Pero entonces yo sentí celos de sus alas, sin saber que ser ángel implica muchas responsabilidades, que más vale no intentar asumir.

La procesión tuvo lugar de noche, entre faroles de papel. Lejos brillaba el volcán de Izalco, esa montaña situada a proximidad de la costa, cuyo fuego perpetuo servía de faro a los marinos. Ahora ha optado por el silencio. Pertenece a la mitología de un pueblo, y también a mi pequeña mitología inmensa. Ya que de una vez para siempre, mi frente fue señalada por los mitos.

Cantan ranas en mi memoria. Vienen de un pozo en una casa enorme, donde ninguna pared está pintada. Cantan ranas.

Mis abuelos paternos están momentáneamente con nosotros. El viejo es jardinero, y me está explicando junto al pozo por qué las ranas se oyen y no se ven, pero he olvidado su explicación. Ya debo ir a la cama, que está cubierta por una estrecha rejilla de alambre para protegerme de los mosquitos. Mis hermanos están acostados, mi abuela hace faroles de papel celofán. Sin duda habrá otra procesión, esta vez en San Salvador, pues ya vivimos en la capital.

Después viviremos con los dos viejos, siempre en San Salvador, pero en una casa pequeña. La familia ha crecido, los niños somos cinco. El menor de mis hermanos está enfermo, y próximo a la muerte. La loma adena al patio, ^{está en llamas.} Mi padre está lejos. Suena el teléfono, y es él. Pregunta si todo marcha bien, y mi madre, haciendo de tripas corazón, responde que sí. Más tarde sabemos que él lo había marcado. El teléfono sonó extrañamente en un café donde él estaba de paso, y lo llamaron a contestar. Nunca nos lo aclamamos.

Pero el incendio no alcanzó la casa, y Héctor vive, joven y espero que feliz, en las azules costas de California.

Yo vela a los duendes. Eran dos, y venían de un país lejano,

donde caía la nieve. Acaso esos espíritus bienhechores eran mis ángeles guardianes.

Pero estamos en Chile, donde mi padre ha sido nombrado Encargado de Negocios, y donde será más tarde Embajador. Los abuelos ya han quedado atrás.

La casa tiene un jardín hermoso, y un bello pimiento a cuya sombra dormíamos la siesta en el verano. Pero ahí conocí el frío y la nieve. El perfil de la cordillera está siempre en el horizonte. Mis duendes se han extraviado en el camino, aunque al fin haya nieve de verdad.

Los niños del barrio éramos muy unidos. Recuerdo sobre todo, a Sergio, el hijo de un abogado, y a Pachi, el hijo de un taxista. Este último siempre andaba inventando cosas. Cuando hicimos carretones para deslizarlos, el suyo era una obra maestra. Después hizo una linterna mágica, con una caja de zapatos, y pintó cuidadosamente sobre una banda de papel encerado por una cara, todas las banderas del mundo. Fue una memorable sesión de cinematografía.

Al terminar, junto al brasero, su madre nos dio el infaltable té de los chilenos, y unas tostadas chorreantes de mantequilla dorada.

¿Por qué escribo ahora todo esto, tantos años después?... ¿Tiene todavía sentido recordarlo? Acaso la poesía no es sino un esfuerzo de la melancolía, aunque más raramente sea el fruto de la exaltación que produce la belleza. En todo caso, yo ya padecía por entonces del solitario vicio de escribir.

Veo las dunas junto al mar helado, las pobres casas de Valparaíso cayendo por la falda de un monte, como una cascada rumbo al mar, con la ropa colgada en las ventanas como si fueran velas.

Una luz de niebla pasa sobre las cosas de la memoria, como un alma muy grande. Chile del gran mar gris.

Cuando llegaba la mañana del 15 de septiembre, era de rigor que la banda de carabineros fuera a tocar a nuestro jardín el himno de El Salvador y el himno de Chile. Todo el barrio estaba presente, y era necesario repartir empanadas chilenas, con sus pasas, sus aceitunas y sus alcaparreas.

En alguna excursión a la condillera, vi el transparente origen del río Mapocho, donde se iban fundiendo los cristales de nieve.

Pero la soledad ya estaba en mi mirada, y ahí se acurrucó y se quedó para siempre. Muchos años después, en París, reconocía en la voz de Milosz algo que venía de muy adentro de mí:

Soledad, madre mía, vuelve a decir mi vida. He aquí
el muro sin la cruz, y la mesa y el libro
cerrado. Si lo imposible, largo tiempo esperado,
llamara a la ventana, como el petirrojo del corazón helado
¿Quién se levantaría entonces para abrirle?
La calda de una sola hoja
Llena de honor el mudo corazón del bosque.

Dediqué largas horas a traducir los versos de ese príncipe lituano que había escrito en francés.

Me anticipo a los hechos. Los recuerdos errantes adoptan las palabras que no deben, y sacan del posanto lo que al futuro corresponde, o al menos a esa suerte de futuro que es un pasado más reciente.

Tras seis años de estancia, dejamos Chile. Astrid había nacido allí. Éramos, por orden, Matilde, yo, Arturo, Inmota, Héctor y Astrid. Más tarde, ya en el momento en que otras mujeres pierden la fertilidad, mi madre recibió la visita de la cigüeña, y la inesperada presencia de Oscar vino a sumarse a nuestras vitas.

Pero antes que él llegara pasaron muchas cosas. Vivimos en Colombia, en una verdadera mansión que tenía fantasmas.

En las noches de verano nos asomábamos al balcón a ver las tormentas eléctricas, unos cielos poblados de rayos sin lluvia.

La niebla y la humedad daban lugar a los maravillosos jardines de Bogotá. En las tierras sin habitantes que se extendían frente a nosotros, pues vivíamos en los confines de la capital, crecían árboles gigantes y vaporosos cuajados de lianas, y muy grandes helechos. Entre ellos había columnas que pertenecieron a una casa derruida, sumergidos en la vegetación selvática como el templo de un culto misterioso.

En el colegio, al llegar la hora de educación física, me escondía en la biblioteca y leía a los clásicos.

Recuerdo el Salto del Tequendamo, ese chorro de agua que cae de la infinita altura hacia unas piedras que me dieron la impresión de fósiles de animales prehistóricos. Un poeta a quien conocí andando el tiempo, lo había descrito "como un río que se puso de pie para mirar de lejos al mar".

Carlos Martínez Rivas. Pero entonces yo no sabía de la existencia del vate nicaragüense.

Más reposado, usando el sobrio lenguaje de la ciencia, el Barón von Humboldt, recorriendo las vastas extensiones de América con infatigable curiosidad, había descrito con respetuosa admiración ese río vertical.

La lluvia envuelve los recuerdos con el piadoso don de las palabras.

Regresamos a El Salvador. Yo tenía trece años, y lo había dejado

de cinco. Nos fuimos a vivir a Santa Tecla, que era todavía una ciudad provinciana, pues mi padre quería oír, desde un corredor de corte colonial, las campanas del atardecer. La familia pasó entonces penurias económicas, y la presión de amargas conversaciones gravitaba sobre mi atormentada adolescencia. Yo soñaba con ir a París. Al salir del colegio, conseguí una beca, pero no fui a París, sino a Madrid.

Allí hice amistad con Carlos, el poeta que había descrito el Tequendama, y en torno suyo nos reuníamos varios aprendices de escritores. Las discusiones crecían junto al calor del vino, hasta que, al filo de la madrugada, tomábamos a pie el camino hacia nuestras viviendas. Seguramente hablamos dejado la última peseta en la última copa.

Rubén Darío, Omar Khayyam, viejos amigos nuestros, cuántas veces convocamos sus almas por sus versos a la luz de las copas.

Acaba de morir Beltrán Morales, que entonces se rapaba la cabeza. Beltrán, ¿no te esperaban Rubén y Omar del otro lado, con la botella de un vino milenario?

Pero pasa, Beltrán, otros esperan tu lugar en la vida, y alguien apura en tierra el vaso que dejaste a la mitad.

Yo viajaba a dedo por Europa la lejana. Jorge Kattán se ha de acordar de algo que ya suena a leyenda, pues partimos cada uno con veinte dólares en el bolsillo, y estuvimos un mes en países diversos, comiendo sólo pan. Alguna vez un campesino nos ofreció un tazón de leche o nos invitó a pasar la noche en su granero.

Cuando Astrid me oía contar esas cosas, me decía que le hacía pensar en los cuentos de Andersen. Hoy Astrid está lejos también, pero nunca la he sentido más cercana. Intuyo que mi poema es de algún modo el

que ella renunció a escribir, porque aunque yo fuera muy torpe, yo lo necesitaba.

En el universo de las apariencias, muchos hacen lo que a otros corresponde, y por eso vivimos en un teatro, el Gran Teatro del Mundo.

Creo que puedo jactarme de ser un poeta. A veces veo gentes llenas de nobles ideales, cargados de verdad, y no pueden escribir una hermosa página por más que lo intenten. Quizás carecían de drama. Pienso más bien que no lo desearon lo suficiente, y que desearon cosas menos inhabituales. La vida sólo concede aquello que uno ha buscado desde siempre. En algún momento, guardar silencio hubiera sido un mérito mayor que escribir un verso, pero yo no estaba capacitado para ese mérito misterioso. Me consuelo pensando que sí he conseguido con mis escritos un poco del brillo estúpido del mundo, quienes renunciaron a él recibieron más en el sagrado reino de la realidad.

Estoy a la orilla del tiempo, dando algo que a alguien debe llamar, y no sé a quien. Soy el peon de los pecadores, pero estoy a la orilla de un río.

Recuerdo un rostro, y es el mar de las hojas de oro. Es el otoño en un bosque de Francia. Vuela una andilla entre las altas ramas. Se va poniendo el sol. Tierra, como he amado tu cambiante rostro, esa noble belleza de tu mirada que llamamos el agua, tus acantilados que agotan el mar del agua y el mar del aire, el juego deliendo de las estaciones.

Un amigo me habló de Tlazolteotl, diosa mesoamericana del inframundo, llamada la comedora de Inmundicias. Los sacerdotes de su culto recibían las confesiones entre los aztecas, y entre pueblos muy anteriores a ellos, y era también la diosa de las mujeres que daban a luz.

Pensé que esa diosa era la tierra, que absorbe aquello que se pudre y lo devuelve hecho luz de vida, purificando la inmundicia orgánica y también la del espíritu, que ha recibido en confesión.

Viví en París nueve años. Paris du temps jadis... tuve mi parte en la ciudad hirviente, que han desgastado espejos empañados por volutas de humo, grandes espejos grises de las viejas cafeterías, entre maderas talladas por un ebanista mágico. Mucho hubo ahí de la amistad, y algo del amor, aunque fue triste. Sin embargo, al inclinarme sobre el pozo de mí mismo, descubro al fondo, todavía, los ojos verdes de Elenita Nuad.

Pero la propensión a la melancolía que me había acompañado desde siempre, me arrojó al abismo de la locura. Anduve sin destino fijo por diversos caminos de Europa, pasando con frecuencia días enteros sin comer.

Vi en España a mi hermana Inmita, quien había hecho en otro tiempo los vestidos para las cabezas de titeres que yo modelaba en cartón piedra. Ella se casó allá y allá permanece. En esas fechas esperaba su primera hija. Inmita me acogió y cuidó largamente de mí y su nueva familia me dio la más afectuosa de las hospitalidades que imaginarse pueda. Al nacer la niña, fui nombrado padrino.

Lourdes, la madre de mi cuñado, en cuyo apartamento estaban por entonces, es una persona extraordinaria. No se alimentaba desde hacía quince años, y ahora desde hace veinticinco. Difícilmente lográbamos que aceptara un dulce. Extremadamente delgada, daba prueba en cambio de una sorprendente energía, ejerciendo la dura profesión de enfermera y durmiendo muy poco. Me explicó que una vez sintió que alguien en quien ella confiaba,

~~Una tarde vi pasar sobre su rostro los rostros de todos los seres del mundo. Ella había sido cada uno de nosotros. Supe que ya no debía nada, aunque estuviera en la tierra, pero marcada por el estigma de la santidad se quedó para ayudar a Dios en la salvación de Su mundo.~~

Mi hermano Arturo me invitó a Londres, y vi gente que amaba y amo aun en esas diversas tierras, Mnicammen, Piccolina, María de Abadía, Jean Marie... la vida rueda bajo la suela de mis zapatos. No somos nadie y no sabemos nada.

En el apartamento de María la española, en la rue Lecourbe, se reunían artistas que venían de todos los horizontes. Sus dos muy bellas hijas participaban también de esas reuniones. En una ocasión, tras varios años de amistad, María me enseñó el álbum de fotos de su infancia: esa niña era idéntica a mi hermana Matilde.

Alex Martínez me hablaba de El Salvador, que yo creía haber relegado al olvido. Un tiempo estuve en Ginebra, tuve un puesto importante, o al menos con un título rimbombante. La ciudad no tiene centro. Su centro es un lago. Cierta tarde me sentí fatigado a la sombra de un cedro del Líbano, cuyas inmensas ramas se inclinaban bajo el peso de las hojas hasta tocar casi la hierba, y me detuve a ver el lago. Comprendí entonces, sin que voz humana me lo dijera, que la madre de mi madre estaba próxima a la muerte, y que entraba al reino generoso que derramó pirámides en Egipto y América, y en Europa inmensas catedrales hechas de piedra y paz. Regresé a mi país. Mi abuela aun vivía, aun pude dificultosamente hablar con ella, pero su mente navegaba por un espacio que ya no era el nuestro.

Ful por un día a un rueblo cercano. Al anochecer atravesé un riachuelo, y el viento repitió las palabras de Henciito, y eran otras: Nadie pasa dos veces por el mismo río, pues el río, al pasar lava nuestros pecados, y salimos más blancos, y ya no somos los mismos y el río va más negro y tampoco es ya el mismo.

Al día siguiente supe que en ese momento, la anciana había fallecido.

Comprendí que yo también, como los otros, tenía una patria. Viví entre gente humilde, compartiendo su pan, trabajando y caminando en un país donde, por fin, no era un extranjero, y decidí que a esa pequeña patria consagrarla lo ^{que} en adelante habla de ser mi vida.

Una noche me quedé a dormir solo en la Casa de la Cultura de Zacatecoluca. Desperté en la oscuridad y salí al patio. Brillaba la luna llena. Mientras la contemplaba maravillado, la luna descendió hasta situarse casi a la altura de mi cabeza. Adentro estaba mi abuela María, sentada como un monje budista. Una túnica roja la envolvía. Me miró largamente, con infinita dulzura.

Mucha hora amarga me esperaba en el futuro. El sombrío espectro de la guerra azotó nuestras costas, y lo hace hasta hoy. Murieron amigos, o desaparecieron como el humo. Tras larga enfermedad, murió, asimismo, mi padre. Una mañana Astrid lo fue a despertar y lo encontró yerto. Se había marchado durmiendo. Pasaron tantas cosas. Se fueron al pasado las hermosas visiones, como un oro de otoño que debía arrastrar el viento, y yo, a la orilla de un río, aguardo, aguardo siempre.